

YoÉI: Para Quienes Ven Más Allá

Jesús Turizo Hernández

Image not found.

Capítulo 1

En la inmensidad de la ciudad donde no cabían los ladrones, donde el pan de sobra en la basura le faltaba a aquellos que no podían aspirar al techo que evitara que la lluvia los mojase, se encontraba alguien mirando por la esquina de la ventana mientras levantaba la cortina. La noche estaba fría, ya hace unos días la tormenta se había tomado las calles. Recordaba como el resplandor de los anuncios en las tiendas se reflejaba en el agua que se estancaba en la avenida, a unos pocos pasos de donde solían ir a comer. Más rojas y azules que luces blancas. Llevaba más de tres noches sin poder dormir por estar recordándolo. Era como querer alcanzar la manzana del pecado. ¿Le agradaba? Si, tal vez era una especie de masoquismo psíquico, pues su mente estaba revuelta y melancólica. Volvería a sangrar el alma, así lo sintió. Ni siquiera pensaba en la felicidad de muchos, si no podía mantener un momento la cabeza vacía y superficial, sólo por ser hipócrita. Por eso se alejaba. Ya le parecían más agradables los sueños extraños que tenía por las noches. No había más antidepressivos por medicarle. Incluso, ni algunos de los ansiolíticos le producían somnolencia. Sólo pensaba en él. Ni siquiera sabía si él en el repaso de la memoria le dedicaba unos segundos. Se sentía estúpido, pero le agradaba sentirse así porque lo esperaba. Todas las tardes vestía lo mejor y se sentaba en la sala a leer para distraerse. Caminaba de un lado a otro y daba pasos sin sentido, olvidando al comienzo lo que iba a hacer. Aún recordaba las veces en que antes de hablarle decía lo que él quería. Desconocía si aquel sufrimiento lo acompañaría para toda la vida. Pensaba unas dos a tres veces si podría alcanzar a respirar sin que por ningún segundo un recuerdo desagradable lo desestabilizara. Tal vez estaba haciendo algo mal, porque las cosas buenas no duelen. Pero si estaba así, era por su voluntad. No hacía intento alguno de corregir lo disfuncional, las ideas sólidas mal estructuradas, aunque suene paradójico. Consideró muchísimas veces si su bondad era de las más difíciles, pero tenía la idea de no renunciar a cultivar rosas, aunque las espinas lo hiriesen. Le gustaba lo raro y sencillo, aquello que no era extravagante y airaba paz. Prefería las canciones lentas y conversaciones improvisadas al sonido alto de cuatro paredes con olor a vacío e insensibilidad. Desconocía el placer más allá de la atracción mental, esperaba que él fuera especial. Le temía a lo que no conocía, pero respetaba que era esencial, aunque no necesario precisamente. Incluso hasta una mano en su hombro le parecía suficiente, también los tres o cuatro sueños atractivos que había tenido hace varios meses. Le escribía para sublimar la imperfección de sus emociones. ¿Al final era amor? No lo podía afirmar. Pero lo esperaba. Antes de irse le hablaba con la mirada dirigida hacia él. Se sentía bien percibiendo la calidez de sus ojos. Sus ojos negros y brillantes. A la vez, se olvidaba de los mensajes extensos sin respuesta. No era la forma más adecuada para sustraer los sentimientos hacía él, pero si no lo hubiese hecho, se ahogaría en un vaso de agua. Pensó, ¿y si son cientos o millones de vasos de agua, y en cada

uno de ellos hay una tormenta? Así pasaba y así se lo hizo entender. Ideaba pensamientos para aliviar las pulsiones. Nada aliviaba sus inseguridades. Nunca quiso contar los numerosos días que dormía intranquilo sobre la almohada mojada de sangre. Era su alma la que sufría. Podía pensar que la soledad estaría hasta la separación de su cuerpo. No quería que él decidiera tomar su tiempo para suturarlo. Por eso nunca se lo dijo. Lo difícil era pensar porqué él había decidido callar sabiendo su larga historia de decepciones. Tenía demasiados límites mentales. ¿Cómo podía vivir así? Cerró la cortina y subió a su cuarto a dormir.

Desbordaba sensibilidad. Aún en silencio, aunque ansioso, había memorias de felicidad. ¿Ya había tomado su dosis diaria de ansiolíticos? Sí, pero esperaba con persistencia el sueño mientras recostaba su cabeza. Las imágenes iban y venían. El sonido de su voz. Tenía un gesto disimulado, agradable, por cierto. Al sentarse a cenar juntos por la noche, tocaba sus pies por debajo de la mesa. Él intentaba no reír y hablaba. Era de pocas palabras, siempre fue así. Al terminar esquivaba su mirada, pero no se levantaba, sólo por conversar unas horas más. Ojalá por un minuto el tiempo se dedicara a observarlos y así se detuviera una y otra vez. En las noches incontables cuando se apagaban las luces, ellos desvestían sus almas. Se tocaban con las voces, sin siquiera sentir el calor del otro. Él lo sabía, nunca lo dijo, ambos se engañaban con facilidad. Fingían desinterés para no lastimarse. Tal vez por eso manifestaban síntomas ansiosos, uno más que otro. Veía en cada heladería su sombra sentada junto a la de él y eso lo hacía feliz. A veces le dolía. ¿Entonces era amor? No sé, pero lo asociaba a manzana verde, pues le encantaban las manzanas. Sobre todo, las verdes por ser agridulces, las rojas no, porque sólo son dulces. Pensaba entonces si el amor era una enfermedad mental con sabor agridulce. ¡Vaya! Por eso sentía que debían aumentarle la dosis de ansiolíticos. Fue interesante cómo él en sus actos implícitos le manifestaba afecto. En un minuto de esos extensos, le pidió que observara una herida reciente en su mano, era insignificante y a la vez la excusa perfecta. Tomó su mano mientras él le contaba el suceso, la tensión fue evidente, su frecuencia cardiaca aumentaba con cada sílaba que pronunciaba y lo miró fijamente. ¡Allí estaban los ojos negros! Por unos segundos ninguno de los dos respiró y los latidos del corazón sonaron hondo en las cuatro paredes. ¿Un beso? Sí, con sabor a manzana verde. Sonrió somnoliento al recordarlo. Era el recuerdo más importante sobre él. El cuarto se había convertido en un escenario alucinatorio. Era terrible, pues las experiencias eran vívidas. Veía cómo entraba y le decía frases sin sentido, apoyando sus brazos sobre la cama. La lluvia empezó a caer y al momento se quedó dormido.

Nunca quiso contar todo lo que veía en sus sueños por las noches, ni siquiera a él. Dijo que se los guardaría. Sólo hablaba de un lugar extraño lleno de agua azul, que no era ningún océano, y que, además, era flotante. Y también, de un parque nocturno con dos bancas bajo una lámpara que se encendía cuando él tenía depresión. –Por suerte, la mayoría de las ocasiones permanece apagada–, dijo, aunque aquella luz veía su felicidad y se encendía, sobre todo, al contemplar el toldo estrellado. La luz no venía de la lámpara. Nunca entendió su origen. Le agradaba visitar el parque nocturno en sus sueños cada vez que dormía para nunca encontrar la lámpara encendida. Esa noche la lámpara estaba encendida y la luz se apagó. Despertó. La tormenta era imponente. Entonces bajó sin pensarlo hacia la ventana y miró por la esquina levantando la cortina. Había confundido los golpes fuertes de la puerta con los estruendos del agua. ¡Él había regresado después de unos meses! Estaba sentado en el jardín bajo la lluvia, justo donde solían hablar los domingos. Corrió rápidamente a abrir la puerta y gritó su nombre. Tembló por más razones, sin pensar en el frío. ¡Ahí estaban los dos! Bajo la lluvia. Eran felices. Tomó sus manos congeladas y él en voz entrecortada le dijo –quiero tomar tu tiempo–, y cesó la ansiedad con un abrazo intenso. La lámpara no se encendió más y el tiempo se dedicó a observarlos.